

Las lágrimas de tu amor

(Siempre seremos amigas)

Cada miércoles por la tarde quedaba con Zaira para hacer deberes, leer, hablar, ver una película... éramos muy amigas y desde siempre nos habíamos mantenido juntas. Por desgracia, eso no duró para siempre. En el verano de mis dieciséis años me fui de vacaciones con mis padres a Castellón. Zaira quería venir pero por un cúmulo de circunstancias le fue imposible. Apenas estuve de vacaciones dos semanas y cuando volví mi amiga era completamente diferente. Sin duda aquella no era ella.

Al principio intenté hacerle caso a los consejos tan prácticos de mi madre y hablé con ella, le pedí que me explicara cosas, pero no quería entrar en razón. La fuente de todo el problema era el novio con el que salía, Israel. Era un chico de diecinueve años, alto, moreno, bastante guapo y se le veía muy simpático, pero cuando salía de copas con los amigos bebía demasiado. Al principio no pasó nada, Zaira y Él se llevaban muy bien y se divertían mucho. Yo prefería no meterme demasiado y seguía quedando con ella de vez en cuando y la ayudaba en los deberes, en parte sí había cambiado pero nuestra amistad seguía tan fuerte como siempre.

Todo cambió cuando yo conocí a Dani. Dani tenía veintidós años, tenía mucho músculo, ojos verdes, pelo castaño, muy guapo y muy alto. Nos conocimos en una clase de prácticas de tenis a la que me invitó mi prima. Él era profesor y me enamoré de él a primera vista. Tenía una sonrisa preciosa y cuando me miraba tenía la sensación de estar flotando en el aire.

Empezamos a salir dos semanas después de conocernos y enseguida le presenté a Zaira, todos mis novios tenían que conocerla a ella, era parte de nuestra amistad, pese a que ella todavía no me había presentado a Israel. Por primera vez Zaira se mostró distante y muy seca, parecía molesta y enfadada. Le pedí a Dani que me esperara en la calle, que enseguida bajaba, tenía que hablar con Zaira en ese mismo instante.

- ¿Puedo saber qué ocurre Zaira?

- ¿Que qué pasa? ¿Me tomas el pelo? ¿Es que no tienes suficiente con superarme en las notas, el físico, la familia, el dinero, la salud... que encima tienes que buscarte a un novio mucho mejor que el mío y venir a repateármelo por la cara? ¿Cómo puedes tener el morro de preguntarme que qué pasa? No me lo puedo creer.

- Zaira... ¿pero qué estás diciendo? Desde que éramos niñas siempre hemos estado juntas y siempre dijimos que nos presentaríamos a los novios antes que a nadie. Tú ni siquiera me has presentado a Israel, no es que te lo reproche, pero para mí sigues siendo la de siempre y sigo con las tradiciones de toda la vida.

- ¿Cuándo vas a crecer Lena? Ya no tenemos tres años, ¿es que no te das cuenta? Esto es la vida real y quizá estarías mucho mejor si pensaras que quizá tus esplendorosas ideas de la perfecta Lena pueden molestar a alguien. Me alegro de que tengas un novio súper perfecto y que te quiera muchísimo, pero la gente normal, que no es perfecta, tiene que ganarse la vida. Porque yo, si no lo recuerdas, este año ya no voy al instituto, tengo dieciséis años y tengo que trabajar, porque no tengo una mente privilegiada como la tuya.

- Pero Zaira, que tengas que trabajar no tiene nada que ver con que tú y yo no seamos amigas. Hemos pasado toda la vida juntas y que no vayamos a vernos cada día, no significa nada, además siempre te he dicho que para cualquier cosa me tienes a mí.

- Tenía razón Israel, tú lo único que quieres es venir aquí a decirme que si lo necesito puedes darme una limosna para que pueda comprarme la barra de pan que tú tiras cada día porque te sobra el dinero. No puedo creer que hayas cambiado tanto, será mejor que te vayas.

- La que no puede creer que hayas cambiado tanto soy yo. Siento mucho haberte molestado, aún así llámame si necesitas cualquier cosa, estaré en casa o si no llevaré el móvil encima. ¡Adiós!

Bajé escandalizada, sin poder creer que esas palabras fueran de mi amiga de toda la vida, era imposible que aquella fuera Zaira, imposible. Dani me vio la cara y supo enseguida que algo no iba bien, así que preguntó sin pensarlo dos veces:

- ¿Qué ha pasado, Lena?

- Dani, no sé que le pasa a Zaira. Está muy extraña. Me ha dicho cosas que jamás creí que oiría de sus labios y se ha enfadado conmigo por ti.

- ¿Por mí?

- Sí, dice que he venido a su casa para presentarle lo perfecto que es mi novio, para decirle una vez más que le supero en todo lo que hago. No puedo creer que sea ella.

- Tranquila, ahora vamos a casa, te acompaño y hablamos tranquilamente. Todo irá bien.

Paseamos tranquilamente hasta mi casa y allí me despedí de Dani con un beso. Era un chico perfecto, la verdad es que Zaira tenía razón. Pero yo no había ido a su casa a repatearle que mi novio era mejor, porque ni siquiera conocía al suyo. Algo grave estaba pasando y fue una pena que no me diera cuenta hasta que todo fue demasiado grave para pararlo.

Agosto pasó muy rápido y Septiembre prácticamente igual. Empecé las clases de bachillerato enseguida y seguía con mi ritmo de estudios. Todo iba bastante bien, la verdad. Dani y yo estábamos muy bien, mi relación familiar era fabulosa, los amigos de toda la vida seguían a mi lado, el instituto era aún mejor que antes, solo faltaba un pequeño detalle que para mí era gran parte de mi vida: Zaira. Hacía semanas que no quería hablar conmigo y no conseguía hacerla entrar en razón o al menos que me dejara hablar con ella, me era imposible.

Una tarde, sin querer, me la encontré por la calle y no pude contenerme, estaba muy cambiada. Tenía ojeras, el pelo muy desgastado, parecía cansada y triste, llevaba un chándal viejo de hacía años y caminaba un poco coja, como si le doliera la cadera. La hice entrar en razón y accedió a hablar conmigo en un banco de la calle.

- ¿Qué te ha pasado Zaira?

- Nada, es que ahora ya no tengo tiempo para arreglarme. He empezado a vivir con Israel, todo nos va muy bien pero el dinero es uno de nuestros problemas así que alguna ropa la vendí y otra la tengo reservada para ocasiones peculiares.

- ¿Y esas ojeras, el pelo, la tristeza en los ojos?

- Tranquila, lo que pasa es que como trabajo bastante y la casa me trae bastantes faenas estoy muy cansada y no tengo tiempo para ir a la peluquería o pasarme dos horas en el baño como hacía antes. Ahora vivo la vida de adulto y es totalmente diferente.

- ¿Qué ha pasado con tus padres? ¿Cómo es que te has ido de casa tan de repente?

- Israel y yo llevábamos una temporada pensando en irnos a vivir juntos y su hermano se ha ido con la novia y nos hemos quedado el piso para nosotros. Mis padres no están muy convencidos, se han enfadado un poco, pero al fin y al cabo es mi vida.

Zaira se levantó para atarse la zapatilla y vi un morado en su brazo derecho, que había quedado al descubierto al remangarse para poder atar su cordón. Como jugando le subí la camiseta haciéndole cosquillas y pude ver la marca de otros dos morados en la espalda y una tercera en la cadera, por la cual cojeaba al andar. Miré de nuevo el morado del brazo y me di cuenta de que se distinguían cuatro dedos de una mano. No me pude contener y me senté en el banco y le cogí las manos a Zaira sin saber si llorar o enfadarme.

- Zaira, quiero que me digas la verdad.

- Sí, claro, ¿qué pasa?

- ¿Israel te pega?

La expresión de su cara cambió por completo. Zaira no articuló palabra y se levantó bruscamente, se giró para coger la bolsa que llevaba y me miró enfadada mientras gritaba:

- No puedo entender cómo he sido capaz de creerte por segunda vez. ¿Es que te molesta que pueda ser feliz en esta vida? Israel me quiere, ¿lo entiendes? Me quiere, y mucho. Así que será mejor que no te metas en mi vida.

- Zaira, cariño, si te quisiera de verdad no te pondría una sola mano encima. ¿No entiendes que ese tipo de amor es peor que el odio? No pienso consentir que nadie te haga daño, date cuenta de que es por tu bien.

- ¡Deja ya de hacer de santa! ¿Es que no puedes vivir tu vida y dejar a los demás en paz? A ver cuando entiendes que no quiero tu ayuda, ni tus consejos, no quiero saber nada más de ti. Quiero que me dejes tranquila de una vez y que te metas en tus asuntos, así que me voy. ¡Adiós!

- ¡Zaira espera...!

Pero no me esperó y se fue sin decir nada, hacia su casa. Llegué a la mía. Mis padres no estaban y el silencio invadía las estancias. Fui a mi habitación y saqué del armario las miles de fotos que tenía guardadas de las colonias, las salidas, los fines de semana, la primera vez en la discoteca, las fiestas pijama, las acampadas... en todas ellas Zaira salía a mi lado, las dos cogidas de la mano y sonrientes. ¿Qué había pasado con nosotras? Las lágrimas invadían mi rostro y nada podía hacer para calmarlas, era demasiado fuerte el perderla, ella formaba gran parte de mi vida como para no tenerla a mi lado. Subí a la cama y alcancé la caja de las llaves, donde quedaban todos los llaveros de los cien mil diarios que había escrito a lo largo de mi vida. Cogí la llave verde, la misma que tenía Zaira. Era nuestro diario compartido. Lo habíamos escrito un verano que pasamos juntas en Menorca. Estaba lleno de fotos, recortes, escritos... era inolvidable. En cada hoja había nuestro nombre y abajo a la derecha nuestra frase:

NI HERMANAS NI PRIMAS, SOLO SOMOS DOS AMIGAS, DIVERTIDAS Y ENROLLADAS, NO NOS VAMOS A LA CAMA, SOMOS DIFERENTES Y NO LE HACEMOS CASO A LA GENTE, PORQUE MUCHO NOS QUEREMOS Y SIEMPRE JUNTAS ESTAREMOS.

No sabía qué hacer así que recurrí a mi talento por las palabras y esperé a que funcionara. Estuve buscando casi un mes la casa donde se habían mudado Zaira e Israel y en cuanto la encontré fui a llevarle la carta que había escrito.

En ella ponía una serie de palabras, una poesía, un par de fotos y cerrando el escrito nuestra frase de toda la vida y la llave verde de ese diario. Se la di para que recordara que la llave de mi vida seguía siendo suya y que la llave de su vida se la devolvía, con ese acto le quería decir que si no quería volver a verme, lo comprendía, pero ella nunca estaría fuera de mi vida.

A los pocos días recibí un mensaje de Zaira en mi móvil. Me invitaba a ir a su casa a comer el miércoles para hablar un poco. La llamé al móvil y parecía nerviosa, hablaba en voz baja y no decía mi nombre. Supuse que algo no iba bien.

El miércoles llegó muy pronto y cuando llegué a su casa comprendí todo lo que pasaba. Israel no estaba a esa hora y conversamos tranquilamente. Zaira parecía preocupada y miraba con demasiada frecuencia la puerta.

- Zaira, quiero que estés tranquila, no voy a permitir que te vuelva a poner una sola mano encima.

- Lena, no seas tonta, no te preocupes por mí. Yo estoy bien, solo pasó una vez. Me quiere.

- ¿Zaira, cómo puedes estar tan ciega? Una persona que te quiere no te pega, una persona que te quiere no te hace daño de esa manera. Tienes que dejarle.

- Lena, no es tan fácil. Además es mi única oportunidad de tener novio, ¿quién va a querer salir con una chica como yo?

- Zaira, no seas tonta. Tienes dieciséis años, tienes toda la vida por delante para tener novio y todo lo que quieras. Además no puedes permitir que te pegue, él no tiene derecho.
- Es que estuve ligando en la discoteca con otro chico y me lo merecía, él es mi novio.
- ¡Pero, qué estás diciendo! Que tú estuvieras hablando o ligando, como dices tú, no le da ningún derecho a pegarte.

De repente la puerta se abrió. Israel entró y se me quedó mirando, no sabía nada de que yo estaría ahí y parecía enfadado. Se dirigía a Zaira pero me interpuse entre ellos.

- Como le vuelvas a poner un solo dedo encima a Zaira, te las verás conmigo. ¿Quién te has creído que eres?

- ¿Esta guarra te ha dicho que le he pegado? ¿Cómo puedes ser tan mentirosa? La verdad es que no sé cómo puedo querer a una cosa como tú, tienes suerte de que sea capaz de quererte.

- ¿Y tú cómo puedes ser tan...? Es que hay tantas palabras para acabar la frase, que no consigo decidirme. Ella no ha dicho nada, no tan tonta como para no darme cuenta de que los morados que tiene por el cuerpo son la marca de una paliza reciente.

- ¿Eso una paliza? Esta cosa es coja y se cayó por las escaleras, si lo dices por los cuatro dedos marcados en el brazo, los tiene de subirla desde el primer piso aquí, se le quedó la marca porque pesa mucho, está hecha una foca.

- Crees que no soy más que una lista que se cree que lo sabe todo ¿verdad?, crees que soy tonta. Pues para tu información sé diferenciar los golpes de una pelea de los de una caída y no digamos lo que puede decir un médico. Además, si no le has pegado, ¿por qué te tiene miedo?

- ¿Miedo? Zaira, dile a esta que no me tienes miedo y que no te he pegado.

- Tiene razón Lena, él nunca me ha pegado, es que soy una torpe y me caí por las escaleras. Además yo no lo tengo miedo.

- Zaira no le hagas caso, no voy a consentir que vuelva a pegarte. Recuerda que siempre estaré contigo, conseguiré una orden del juez para que se tenga que ir de esta casa. ¡Adiós!

Estuve yendo a los juzgados varios días, pero si la víctima no iba a declarar era imposible poner la denuncia. Estaba desesperada, ya no sabía qué hacer... hasta que recibí su llamada. Eran las once de la noche de un sábado, mis padres estaban fuera y Dani estaba en casa conmigo. Zaira me llamó histérica, llorando, estaba escondida en un armario y se podían escuchar los gritos de Israel llamándola de todo, estaba muy asustada. Dani cogió la chaqueta y fuimos en moto a su casa. Al llegar le pedí a una de las vecinas que abriera y subimos corriendo, Dani tiró la puerta abajo con una buena patada y unos cuantos golpes. Israel salió en seguida para ver qué pasaba pero Dani lo controló y al ver que no reaccionaba le dio un buen golpe que lo dejó tranquilito un rato. Fui a buscar a Zaira a la habitación y abrí la puerta lentamente, la encontré allí, hecha un ovillo, llorando desconsoladamente, temblando... daba pena verla.

Me acerqué lentamente a ella y la llamé suavemente por su nombre. Levantó apenas un poco los ojos y se abrazó a mí llorando. Dani la cogió en brazos cuando estuvo un poco mejor y nos fuimos a mi casa. Allí durmió tranquilamente y pasó los siguientes días. Se disculpó miles de veces y volvió a ser mi Zaira, la de siempre.